

IV

La infancia suele parecernos más bella cuando, ya de adultos, la atestiguamos en ciertos momentos de nuestros hijos que cuando, sin entender nada, la vivíamos por cuenta propia. Pero acaso creemos ver belleza en una cosa que, en sí terrible, por ajena tácitamente asumimos como tolerable.



Se muestra siempre inexperto e ingenuo en tantas cosas de la vida. No hay otra explicación: en su existencia anterior, murió siendo niño.



Hay adultos que más gustosamente conviven con ancianos y con niños. Suelen ser muy responsables y racionales. De la infancia y la vejez envidian, con una inexorable tristeza, esa liberación que da la cercanía con el olvido.



Falso que vivamos de nuevo nuestra infancia en la infancia de nuestros hijos. Al ver la pena, el desconcierto y la frustración que les provoca el aprendizaje del vivir, nos sentimos aliviados de que la adultez, con todo y su mezquindad y cinismo, nos haga menos vulnerables.



La mayor mentira que hacemos creer a nuestros hijos: que la indefensión propia de la infancia es transitoria, que algún día se aprende a lidiar con el dolor de vivir.



Si nuestros hijos supieran cuánto les tememos, crecerían intuyendo su naturaleza divina, hasta volverse psicópatas.



Mundo de almas viejas: con tanta arruga interior, con tanta heredada fisura cómo no iba a ser la vida así de desastrada.



A como ganamos edad, la intolerancia de los jóvenes resulta menos encantadora y, en algunos casos, hasta repulsiva. Todo se reduce (pensamos, ahora que nos empeñamos en interpretar la derrota como experiencia), no a un encomiable afán de rebeldía sino a mera ignorancia.